

FILOSOFÍA Y ACCIÓN

(reseña del libro *¿Qué es filosofía? Prólogo a veintiseis siglos de historia*, de Pedro Fernández Liria -Akal, 2010-)

por Juan Antonio González de Requena Farré

Acaba de salir a la calle *¿Qué es filosofía? Prólogo a veintiseis siglos de historia*, una rigurosa, crítica y documentada aproximación a la Filosofía que me parece que reúne las virtudes necesarias para convertirse en un clásico en su género. El autor declara en el Prólogo de la misma que se trata de una obra “intempestiva”. Tal vez sea así, pero, intempestiva o no, lo cierto es que resulta absolutamente estimulante la entusiasta defensa de la razón y de la libertad del pensamiento que Pedro Fernández Liria realiza a la largo de las más de seiscientas páginas que componen la obra. Defensa “ilustrada” que no sólo me parece revitalizante, sino también completamente *necesaria* en estos tiempos que corren tan resignados a su profunda insignificancia, tan necesitados de esa determinación en la acción que sólo es capaz de proporcionar el pensamiento y el saber.

En la contraportada del libro puede leerse que éste “pretende ser una exposición sencilla, pero exhaustiva y rigurosa, del concepto de filosofía, así como una crítica de los principales equívocos y malentendidos que, durante siglos, han ido afectando a dicho concepto hasta hacer casi imposible su entendimiento”. Creemos que el libro cumple con creces con ese objetivo, pero no creemos ni mucho menos que se agote en él. Es verdad que se trata, como el propio autor reconoce, de una obra en gran medida orientada al mundo académico, dirigida primordialmente a estudiantes y profesores de Filosofía (lo que justifica su estilo didáctico y su declarada intención pedagógica), pero, yo diría que se trata también de un texto *político*, que reclama la acción, que llama a cuestionar permanentemente las apariencias, a no rendirse ante la opinión general, siempre tan interesadamente trabajada por las enseñanzas oficiales y por los medios de comunicación, y a no caer nunca en la ilusión de que ya sabemos lo suficiente.

Lo que muestra Pedro Fernández Liria en estas páginas es que el conocimiento no es nada que podamos ahorrarnos, salvo que queramos condenarnos de por vida a esta realidad, en tantos sentidos atroz, en la que vivimos.

El libro constituye un alegato contra la pereza intelectual al que anima una contagiosa pasión por la libre investigación, por el esfuerzo y el trabajo teórico y, en última instancia, por la verdad. Y es, al mismo tiempo, un revulsivo contra la indolencia generalizada y contra la “buena conciencia” dominante, conciencia que de ningún modo nos hemos ganado el derecho a tener.

Pedro Fernández Liria nos insta encarecidamente a desterrar de una vez por todas la idea de que la filosofía es una huida del mundo real hacia la pura vida contemplativa. Valgan como ilustración los siguientes fragmentos del Capítulo 11 de su libro:

“La filosofía es voluntad de acción, de que la acción sea verdaderamente tal, de una acción relevante. Y lo es en la misma medida en que constituye un compromiso con el saber y con la verdad. La filo-



sofía no es una huída del «mundanal ruido» ni una «consolación» ante el fracaso de las expectativas mundanas. No implica voluntad de *alejamiento* alguna respecto de la realidad en la que se está. Todo lo contrario: en la medida en que es la actitud y la disposición que hace posible la manifestación de las cosas en lo que son, en la medida en que nos sitúa ante el *fundamento* (a menudo «invisible») de la realidad en la que estamos, de la realidad que experimentamos, sufrimos o disfrutamos, constituye el mayor y más profundo *acercamiento* a la realidad, el único que nos pone en contacto con lo que ella es verdaderamente. Y por este motivo, la filosofía es, al mismo tiempo, la actitud que nos pone en condiciones de *actuar* sobre lo que hace del mundo en el que vivimos justamente el mundo que es.

Lo contrario de la actitud filosófica es, en cambio, condenarse a la inacción, a la pasividad o a la actuación ciega; resignarse a vivir lejos de la realidad, en la ilusión que permanentemente se interpone entre nosotros mismos y lo que realmente es. La filosofía nos hace dueños de nuestra capacidad de actuar y nos pone en condiciones de conocer lo que hay que hacer para lograr lo que queremos.

La filosofía puede no ser en sí misma revolucionaria, pero es la disposición que hace posible el acceso al único plano (el plano del ser) en el que nuestra acción puede llegar a ser verdaderamente revolucionaria. La filosofía quizá no sea el «arma de la revolución», como pretendía Althusser en 1968, pero es la única actitud capaz de descubrirnos aquello contra lo que puede llegar a tener sentido emplear las armas, de descubrirnos aquello contra lo que verdaderamente es preciso rebelarse.

En todo caso, es un apego al mundo en el que ‘nos movemos y existimos’, al único mundo existente, lo que arranca al filósofo de la mera *vivencia* del mismo a la búsqueda de su *conocimiento*; es la voluntad de *estar* realmente en él, en el sentido más propio y profundo, lo que conduce al filósofo hasta el «mundo inteligible», lo que le lleva de la engañosa «ilusión» en la que vivimos a la indagación de «lo verdaderamente ente» (por decirlo en términos platónicos).

Por paradójico que resulte, sólo del que –como el inquieto prisionero del ‘mito de la caverna’ platónico– «se ha ido» al «mundo inteligible» puede decirse con propiedad que *está* realmente en este mundo. Del que «se queda» en su apariencia sensible puede decirse, por el contrario, que aún no ha llegado él. Y sólo el que ya *está* en el sentido apuntado en este mundo se halla en condiciones de cambiarlo, porque sólo él *sabe* con certeza dónde reside el fundamento de que sea justamente como es.

El filósofo es, pues, un hombre de acción. El filósofo es lo contrario del nihilista, la antítesis del poeta vulgar que simplemente se evade de una realidad que le horroriza o le aburre. De lo único que la filosofía representa una huída, es de la «apariencia» y de la «ignorancia». La filosofía huye de la ilusión de realidad hacia su «concepto», hacia su conocimiento. Y lo hace con vistas a intervenir en ella, con vistas a modificarla para convertirla en algo digno de ser vivido”.

No podemos estar más de acuerdo con estas palabras. Si la filosofía sigue teniendo hoy el mismo sentido que tuvo en el seno de la civilización donde nació es porque la filosofía es, en ese preciso sentido, *revolucionaria*.

Por nuestra parte, no podemos sino agradecer al autor de este generoso “Prólogo” haber renovado nuestra inquietud por el conocimiento y por la verdad; inquietud en que, por otro lado, consiste la filosofía misma.